

FERRER I GUARDIA: LA INGENUIDAD DE UN VIAJE PLATONICO

RUBEN FERNANDEZ ALONSO

RESUMEN

El presente escrito trata de reclamar la actualidad de Ferrer i Guardia, buscando hacer una nueva lectura del personaje. Ferrer es interpretado, no sólo como un hombre convencido del efecto ecuménico y reparador de la Pedagogía, sino como un modelo de educador para la paz, y como un profesional que desarrolló su trabajo, de forma autónoma, obedeciendo sólo a los dictados de su conciencia. Será esta visión, tan personal como ingenua del trabajo en el aula, y sus radicales actitudes las que le llevarán a pagar tan cara su libertad. Las actitudes de Ferrer con respecto a la enseñanza pueden ser tomadas como modelo para los profesionales que hoy están implicados en la empresa de la reforma educativa.

ABSTRACT

This paper treats to carry the present time of Ferrer i Guardia, making a new reading of the personage. Ferrer is interpreted, not only as a convinced man of the repairing and ecumenic effect of the Pedagogy, but as a model of educator for the peace, and as a professional that developed their work, of autonomous form, obeying only to the dictations of their conscience. It will be this vision, so personal as naive of the work in the classroom, and its radical attitudes which will carry it to pay so high price by their freedom. The attitudes of Ferrer with respect to the education can be taken a model for the professionals that today they are involve of the educational reform.

PALABRAS CLAVE

Ferrer i Guardia, La Escuela Moderna, Escuelas Racionalistas, Pedagogía Anarquista, Educación Integral.

KEYWORDS

Ferrer i Guardia, The Modern School, Rationalist Schools, Anarchict Pedagogy, Whole Education.

1. INTRODUCCION

El intento de reforma del sistema educativo es siempre tarea vasta y árida. Incluso ingrata, hasta el punto de que, por desgracia, nos puede ser muy fácil comprobar, cómo algún colega nuestro está invadido por sentimientos de desidia y desconcierto ante una labor para la que no fue preparado en su formación inicial, y para la cual no se considera competente.

No pretendo con este escrito hacer una valoración global de lo que supone, o puede suponer lo plasmado en la colección de textos legales. Por el contrario, me gustaría recoger una idea que, aunque sacada de la fastuosidad de los preámbulos de toda ley, considero clave en la consecución de una auténtica reforma. Es la idea de autonomía de la práctica docente. Es clave, ya que, en el momento en que todo profesor dirija y evalúe su actividad, sin

mediación de agentes externos, habremos dado un paso enorme en el camino de una auténtica reforma y de la calidad de la enseñanza.

Sin duda, tomar ejemplo de hechos precedentes puede ser un buen inicio de cara a una reflexión; es decir, a considerar nueva y detenidamente un acontecimiento pasado con el fin de extraer nuevas enseñanzas en el presente. Si acordamos que el argumento es válido, encontraremos justificado evocar a Ferrer i Guardia, un catalán universal, un hombre convencido, entre otras cosas, de que el esperanto haría por sus semejantes cien mil veces más que su lengua materna.

Hay, además, otro motivo por el cual podemos reclamar la actualidad de este hombre: el capricho de la dialéctica de la historia hace que Ferrer fundara su Escuela en un momento clave de modernización del sistema educativo. En 1901 era titular de la cartera de educación el liberal Romanones, el cual estaba a la cabeza del novísimo Ministerio de Instrucción Pública, al que había llegado con unos planteamientos progresistas sobre la educación, que están fuera de toda duda. Así, Ferrer también desarrolló su labor educativa en tiempos donde se respiraban aires renovadores.

2. OBJETIVO

Lo que trataré de hacer con este *regressus*¹ será evocar el trabajo de un hombre, con la esperanza de que sus actos y sus actitudes puedan servirnos como modelo en la construcción de un presente educativo más autónomo y crítico.

Con este espíritu me propongo rescatar algunos puntos teóricos (ideológicos) que, llevados a la "praxis", dieron como resultado la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia, figura controvertida donde las haya y del que parece que se ha dicho y se le ha dicho de todo: anarquista y libertario, maestro de escuela y teórico de la educación, medio hombre y apóstol, malvado y misionero, renovador e imitador, innovador y pedante, imbécil y modelo de vida... Pero no es mi objetivo redundar en las dicotomías del personaje, ya tratadas en una extensa bibliografía al respecto². Mi propósito es otro; y aunque pueda parecer incoherente, por la propia naturaleza de nuestro hombre, no me resisto a invocar a los dioses benevolencia e inspiración para que en este recién iniciado viaje se cumplan, al menos en algún grado, mis pretensiones, cantando, como ya hace mucho, mucho tiempo con el Poeta de poetas:

*"Habla, musa, de aquel hombre astuto que erró largo tiempo...
del que vio tantos pueblos y de ellos su espíritu supo,
de quien tantas angustias vivió por los mares, luchando
por salvarse y salvar a los hombres que lo acompañaban;
más no pudo, ¡ay!... salvarlos, no obstante el esfuerzo que hizo..."*

3. PENSAMIENTO

Ferrer i Guardia, como trataré de demostrar, fue un soñador, que diseñaba en su mente mundos mejores, espacios abiertos enmarcados en ambientes paradisíacos, que pensó en un futuro casi perfecto, donde no habría ni dinero, ni relaciones de poder. Fue un

utopista empeñado en romper con nuestro legado milenario. Pero ése no fue su error ni la causa de un fusilamiento, que le consagró como uno de los mártires modernos de la libertad. Su muerte es otro hito que jalona la larga y lamentable carrera caciquil de nuestro país. Ferrer aparece como un solo hombre, con delirios producidos por una sociedad industrial y un sistema de jerarquías estructurado mucho tiempo atrás. Su imprudencia radicó en el hecho de pregonar a todo el mundo que quisiera escucharle su mensaje renovado: por medio de la solidaridad se puede transformar todo, la escuela y por ende la sociedad. Pero Ferrer, en su intento de transformación, no encontró todos los adeptos que hubiese querido y necesitaba. Pretendía poner fin a las injustas prerrogativas, que durante mucho tiempo había disfrutado una minoría.

El problema es que los hombres de su talante son gente ingenua; la misma ingenuidad que nos demuestra Nono cuando pensaba que la sociedad futura se llamaría Autonomía... Son visionarios que están en un desierto donde la opulencia y la miseria se dan la mano, y atisban espejismos que les alivien la terrible situación en la que se encuentran. Con el fin de resaltar un poco más el perfil del personaje, pienso que no estaría de más dar un rodeo para acercarse a la etimología de los términos: J. Casares (1985, 474) define la voz "ingenuo/a" como aquel que "nació libre y no ha perdido su libertad".

La ingenuidad o, si se prefiere, la libertad y autonomía con la que Ferrer desarrolló su trabajo puede ser rastreada en una serie de puntos, tanto teóricos como prácticos. Ideas como la sobrevaloración de la educación o la desmesurada fe en la ciencia hacen palpable su ingenuidad. De la misma forma, prácticas como la coeducación de clases sociales, la coeducación de sexos, o la eliminación de los premios y de los castigos pueden dejarnos inferir el hecho de que Ferrer llevó a cabo su trabajo obviando lo que se consideraba como correcto y "natural", en la Pedagogía de pro de su tiempo.

Antes de desarrollar esta idea, me gustaría hacer una doble aclaración en torno a la figura de Ferrer, a modo de supuestos de los que parto en la realización de mi trabajo. Primero: todos los autores³, que han abordado con un mínimo de rigor el fenómeno ferreriano, coinciden en afirmar que Ferrer no inventó nada. Tanto su práctica como la fundamentación teórica había sido experimentada o elaborada con anterioridad, por lo que sus precedentes son concretos y están bien definidos: las corrientes ilustradas del S. XVIII, el movimiento anarquista, el positivismo finisecular (Robin, 1981). Pero esto no puede llevarnos a deducir que Ferrer simplemente fue un imitador. Sí lo fue, pero en la medida en que cualquier intento de superación o de creación por nuestra parte sólo es posible a partir de lo que ya está dado. La segunda aseveración, en la que coinciden la inmensa mayoría de los tratadistas del tema, es que Ferrer fue un catequista. Pero por encima de ello, y como trataré de matizar, fue un apologeta de la paz, de la amistad, del "codo con codo", del entendimiento entre los hombres. Sentía amor por aquello que hacía, tenía fe en su empresa, y la apatía o el desencanto no encontraron un buen cliente en el Ferrer-maestro de escuela. Añado, pues, que falta nos haría tener muchos como él, entre los encargados de tomar decisiones: nos ahorrarían numerosas agonías.

La esencia de lo que más tarde P. Solá (1978) calificará como "pedagogía de la rebeldía" le viene, al parecer, desde niño, cuando aún sus tiernas cuerdas vocales le toleraban pertenecer al coro. En aquellos días, debió recibir unas enseñanzas, que se ajustaban al más ortodoxo esquema escolástico, donde las lecciones de historia sagrada se hacían interminables y soporíferas, al tener que recitarlas de corrido, y la vara, empleada generosamente, dejaba su sello estampado en la suave piel de los "oblato". Pero veámoslo con claridad: la rebeldía en Ferrer no es sinónimo de violencia, ya que en sus escritos nunca

la defendió. Tampoco preconizó cataclismos sociales que marcaran un punto determinado y concreto de inflexión en la historia. *La rebeldía ferreriana, como digo, es pacífica e ingenua*, tan ingenua como la conciencia de sus niños, de la cual era partícipe. Tan ingenua que le llevó a presuponer el cambio de las tornas sociales, no por medio de un golpe de efecto único y definitivo, violento y revolucionario. Por el contrario, gracias a la escuela y a su fruto, la concienciación de las mentes humanas, se inyectaría un nuevo orden cargado de diálogo afectuoso y entendimiento solidario. El celo reformador es innegable en Ferrer. Parecía estar dispuesto a darle un gran baño a la educación en las negras aguas del Leteo cuando apostaba por *renovar completamente las bases de la educación*. La tentativa (ya que Ferrer estaba lleno de intenciones) de romper una línea, traspasar una barrera y seguir adelante está aquí claramente explicitada. Pero esa misma intención guarda el anhelo tácito, que nos indica que tan grandiosa labor no se podía llevar a cabo con una sola intención particular. Sin embargo, Ferrer veía el sistema educativo como la piedra angular para el desarrollo pacífico de toda sociedad. Esta intuición era debida al posicionamiento radical de su pretensión totalizadora, que estaba dirigida al modo y según la influencia de Robin, tal como éste la señala en el *Manifiesto a los partidarios de la educación integral* cuando afirmaba que *todo estaba por hacer*. Y como Robin, Ferrer intentó ir más allá, concibiendo la educación como el antídoto universal que eliminaría todas las lacras sociales. Pero la verdad es que ensoñaciones como éstas nunca encuentran muchos adeptos.

La Escuela Moderna tenía un carácter de militancia activa, pero no de beligerancia. Atributo, este último, del que debemos despojar a Ferrer si tenemos en cuenta sus palabras cuando reiteraba que su Escuela no pretendía alentar sentimientos de odio entre los niños. Idealizó la educación: concibió un determinado momento histórico en el que la escuela estaría exenta de pretensiones partidistas y sectarias, y que podría difundir en todos los tejidos sociales su ideal, sin prostituirlo o manipularlo. Este pensamiento es, en parte, comprensible porque en su tiempo los estudios experimentales que acabarían demostrando la importancia de las condiciones familiares para el desarrollo de la persona, no estaban aceptados de forma plena.

En la enseñanza racional de Ferrer, la ciencia sería la guía o el pasaporte que nos llevaría, en un viaje sin retorno, del mundo de las sombras proyectadas en la pared al mundo de la luz. Pasaporte que, como en toda aduana, no sólo es suficiente sino también necesario. El auténtico aval de nuestro destino, cargado de significado religioso, está en el infinito. El límite de lo humano.

Es en esta visión de la ciencia, más ideológica que pragmática, donde Ferrer se nos revela como la figura cándida que fue. La excesiva importancia que el de Alella otorgaba a la ciencia, le impide concebir un supuesto himeneo entre el poder científico y el político (maridaje que se lleva a cabo, porque al fin todo es poder). No reparó en los efectos alienantes que la ciencia puede acarrear, cuando es manipulada por decisiones que obedecen a los designios de una razón particular. Como un buen positivista que era, y ejemplos muy parecidos al suyo no nos faltan, parece no distinguir muy bien entre la realidad y la pura aspiración. En verdad, creo que si no profundiza en la contradicción de una ciencia buena *per se* y una ciencia instrumento de dominación, es simplemente porque era un positivista convencido y, además, porque este tipo de concepciones puede que a Ferrer le quedaran demasiado lejos, dado el círculo de influencias en el que se movía. Y esa escisión surge también, como nos indican Monés, Solá y Lázaro (1977), a la luz de las actividades de la Escuela Moderna, donde parece que había una ruptura entre la Verdad científica por un lado -aunque hoy se nos antoje como otra forma de superstición: verdades incólumes,

inmovibles, inmutables que eran impartidas y adquiridas en las aulas-, y la aplicación de esos mismos principios en la vida futura.

Para Ferrer, la coeducación de clases es la vía por la que debe optar toda educación. En la Escuela Moderna, la coeducación tiene el pilar y su realización en la propia libertad de los niños dentro de las aulas. Teóricamente el pensamiento había sido definido magistralmente por Paul Robin en cuatro palabras: "lo primero, no estorbar"⁴. Pero la boca no se nos puede llenar con palabras tan bonitas, el problema de la educación libertaria es que por definición debe estar exenta de cualquier carga dogmática. Toda educación que no tenga un mínimo componente de adoctrinamiento no es tal. Por ello, Ferrer sólo tenía una solución: combatir el dogmatismo con y desde el dogma. La misma intención de Ferrer coarta la tan cacareada libertad.

De todas maneras, parece que a Ferrer no le quedaba otra forma de actuación si tenemos en cuenta el discurso político de alguno de sus oponentes, el cual comenzaba descalificando a aquellos ilusos que construían palacios en el aire, y finalizaba con la intención de aportar una piedra más a la catedral de la democracia (Mayol, 1978, 250), de forma semejante a como Grave (1980), casi en clave de humor, nos lo cuenta en su artículo, *Palacios y catedrales*.

El fuerte componente ideológico y social de su proyecto es debido a que está dirigido a personas que simplemente son rentables al sistema y que, a la vez, se encuentran enajenadas de sus propias fuerzas productivas.

Dentro de la crítica radical y concibiendo la escuela como el primer escalón revolucionario, no es de extrañar que en sus escritos abogara por la coeducación de los sexos. Quizá, donde Ferrer se nos revela más nítidamente, como un adalid de la paz es en el intento de llevar a las aulas de la Escuela Moderna la coeducación de sexos. Creo que la investigación antropológica puede ayudarnos en esta afirmación, ya que como indica Harris (1990, 81): "Las instituciones que forman el sistema de supremacía masculina surgieron como una de las consecuencias de la guerra, del monopolio masculino de las armas y del empleo del sexo para fomentar las personalidades masculinas agresivas", por lo que no es de extrañar que Ferrer considere el matrimonio como el poste al que se ata, con cadenas de oro, a una mujer con el fin de imponerle silencio. Más que un orden de iguales, quería un orden de hermanos.

En la posición transformista e idílica de Ferrer, la represión sería totalmente desterrada. Como consecuencia imperativa, los castigos no tendrían cabida en la Escuela. Tampoco se impondrían premios, ya que avivaban la soberbia y la avaricia de los niños. Premios y castigos eran considerados por Ferrer, como la *herencia de un pasado tiránico*. En el fondo, porque sabía que un título académico significaba inevitablemente un puesto en el engranaje de la impresionante máquina burocrática, que forma parte del mecanismo de poder, el cual estaría integrado por auténticos analfabetos alfabetizados. (Prácticamente, se trata de la misma situación por la que pasan la mayoría de los licenciados de la rama de humanas de nuestro país). Pero hay un pequeño detalle del que Ferrer no parecía darse cuenta: que sentirnos socialmente aceptados es un formalismo necesario. Existe algo mejor que el íntimo sentimiento de saber que se es una persona íntegra y cumplidora, y ese algo es que te lo digan. Puede que, en la realidad de la Escuela Moderna, su sistema fuese viable, debido a que Ferrer, al menos en teoría, se limitaba simplemente a educar, no trataba de enseñar nada. Pero en verdad con frecuencia necesitamos ser formalmente sancionados por nuestro

trabajo, hasta tal punto que, hoy en día, parece que nuestra información genética tuviera enclaustrado un instinto de "rivalidad competitiva", que fuera inherente a todo ser.

En definitiva, Ferrer i Guardia fue uno de tantos hombres que, pregonando el mismo fin, mueren perdidos en la malla de los medios. Fue un pacifista porque teniendo dinero lo invirtió en una labor altruista. No murió como un Sócrates, ya que éste aceptó las leyes de Atenas hasta sus últimas consecuencias. Su muerte más se asemeja a la de un Quijote lúcido que, aún viendo los impresionantes molinos que se interponían a su proyecto, no dudó en estrellarse contra ellos. Murió tratando de dibujar nuevos posibles. Quizá en nuestra casa no vuelva a darse otra "ferrerada" (como la califica C. Seco Serrano en un artículo el 9/11/90 en EL PAIS, pág. 17-18), pero lo cierto es que en las casas de algunos vecinos nuestros, incluso hermanos de lengua, el atropello y el darle fuego a todo lo que se mueva es moneda de pago a quien intente embarcar a pueblos enteros en el viaje platónico.

Ferrer fue tan iluso que, en verdad, fue el juez de su propia causa, ya que no se resignó a vivir de rodillas, aunque esta postura hubiese sido mucho más prudente, sino que se rebeló, alzó su voz e intentó que otros también lo hicieran con el inevitable costo que esto le supuso: pagó muy cara su libertad (o su ingenuidad).

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

Hasta aquí hemos llegado a la parte más sencilla de nuestro viaje. Si finalizáramos ahora, la intención del escrito quedaría mutilada. Es a partir de ahora cuando todos debemos extraer nuestras conclusiones y enseñanzas. Por supuesto el docente de hoy no correrá tantos riesgos personales por defender sus ideales o, simplemente por hacer proselitismo. Nuestra realidad ya no es la de un país subsumido en una profunda crisis nacional. Una crisis, como nos indica Puelles Benítez (1986, 232-44), multinivel: política, religiosa, nacionalista, militar, social... Esta situación no era un buen caldo de cultivo en el que se pudieran generalizar a otras escuelas ideas como las de Ferrer. Ahora, en un país democrático, plural, tendente a la descentralización, y con el ejército recluido en los cuarteles, las reivindicaciones que Ferrer reclamaba han sido prácticamente alcanzadas. En aquel tiempo la dominación era una, oficial, estaba bien definida. En cambio hoy el docente se halla bajo el yugo de una serie de dominaciones más difusas y sutiles, aunque no por ello menos insidiosas.

Ferrer toma la decisión de fundar su escuela. Esta decisión lleva aparejada, no sólo la idea de cómo debería desarrollar su trabajo, sino también el germen de un intento de redistribución del capital cultural, en vistas a un cambio social. Y es ahí donde nosotros podemos extraer la nueva enseñanza: ante los nuevos planteamientos de la reforma educativa los docentes deben tomar una serie de decisiones. Esta toma de decisiones exige reflexionar sobre la situación como profesional de la enseñanza y como agente de cambio social. Obliga, también, a preguntarse hacia dónde debe encaminarse ese cambio.

Así, Ferrer, que conocía y creía en el mensaje socrático (*Protágoras*) que valoraba la educación por encima, incluso, de la salud. Puesto que pensaba que podría desterrar la soberbia, la competencia y los sentimientos de fracaso, canjeándolos por la cooperación y la autosuperación, tomó la decisión de eliminar los premios y los castigos. De esta misma forma el actual docente no podrá limitarse a impartir conocimientos con el único fin de poder discernir quién asimila mejor o peor. No podrá hacerlo porque sabe que lo que tiene

entre sus manos no es sólo buenos ciudadanos potenciales, a los cuales habrá que enseñar a amoldarse al orden social existente, sino que será el Agamenón de unos hombres que, a la vuelta de los años, participarán críticamente en los constantes cambios sociales, que están por venir.

Cuando Ferrer decide implantar los sistemas de coeducación de sexos y de clases sociales, lo hace como respuesta a la opresión y la desigualdad reinantes. Siguiendo su ejemplo, el maestro del nuevo milenio debe huir de la tiranía de los grandes negocios, que en forma de preparados didácticos conducen su práctica por los derroteros del conformismo por la vía fácil de permanecer acríticamente pegado a currículos oficiales, que plagia en la realización de sus programas, y a libros de texto, que enriquecen a unos pocos. El maestro que elige el camino más liviano, cuando llega al aula, se despoja de sus ornamentos ideológicos y de sus preocupaciones sociales, y se pone la ropa de trabajo de un técnico, convirtiéndose en un mero ejecutor de planes prescritos "desde arriba". Esta actitud hace que el maestro pierda su autonomía en el único reducto que le quedaba: el aula. Por lo general, en ella nadie le dice cómo tiene que hacer su trabajo, pero cuando el maestro desempeña su labor olvidándose de realizar una autorreflexión crítica de la misma, no sólo ataca directamente a la base sobre la que se fundamenta el desarrollo de su profesión, sino que se está comportando como un simple asalariado sin cualificar, que busca olvidarse de sus preocupaciones laborales una vez finalice su jornada.

Debido a su antimilitarismo y anticlericalismo, Ferrer creía que las instituciones podrían ser derribadas, no por la clásica vía de las armas, sino tomando como única vía la de la concienciación de los más jóvenes. Aceptando este reto, decide llevar al aula unas enseñanzas rigurosamente verdaderas, que identificarían el error y la mentira, a la vez que harían triunfar la verdad; era la enseñanza racionalista. El reto actual sigue siendo el mismo: el cambio y la mejora de la sociedad. Pero el camino es diferente: reinterpretar críticamente nuestras prácticas como docentes y el proyecto cultural que ofrecemos a los alumnos. El maestro, gracias a los procesos de observación, interpretación y análisis crítico de su trabajo, se nos presenta como aquel eterno inconformista, por el que Ferrer suspiraba. Ese individuo que todo cuestiona, que crea y recrea en su intento de descubrir nuevos horizontes.

Si el lector lo prefiere, Ferrer puede ser sólo un pretexto, pero también debe ser contemplado como un referente, que anime al maestro enfrentado ante una nueva reforma educativa. Actitudes como las de Ferrer son ejemplares porque ennoblecen nuestro trabajo. Por ello, supongo que lo que menos importa a estas alturas es que Ferrer fuera un masón o que su ideología fuera ésta o la otra. La idea de autonomía profesional no conoce estandartes, cosa que hace siglos ya nos transmitió otro hombre de talante reformador, el teólogo Tomás de Aquino: *"Todo lo bueno que oigas grábalo en tu memoria, sin considerar quién lo dijo. Cerciórate en las dudas, y todo lo que favorezca tu ideal, preocúpate de adquirirlo, como sediento que ansia llenar de líquido su vaso"*.

NOTAS

1 No es el objeto de este trabajo disertar sobre conceptos científicos o filosóficos. Aun así, el ávido lector puede buscar una mejor comprensión del concepto en: QUINTANILLA, M. (1976): *Diccionario de Filosofía Contemporánea*. Sigueme, Salamanca. (Voz "Regressus").

2 DELGADO, B. (1979): *La Escuela Moderna de Ferrer*. CEAC, Barcelona, pág. 7-25, recoge compendiados una buena serie de comentarios, tanto favorables como descalificadores, realizados por otros autores, acerca de Ferrer y su obra.

3 De toda la bibliografía en torno a Ferrer, el libro de MONES, SOLA y LAZARO (1977): *Ferrer y la pedagogía libertaria*. Icara, Barcelona, es quizás uno de los más amenos y aclaratorios en torno a estos puntos.

4 Este es el título de un artículo del propio P. Robin, publicado en el Boletín de la Escuela Moderna y recogido por MAYOL, A. (1978): *Boletín de la Escuela Moderna*. Tusquets, Barcelona, pág. 43.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BAKUNIN, M.A. (1979): *La educación integral*. José J. de Oñaleta ed., Barcelona.
 CASARES, J. (1985): *Diccionario ideológico de la lengua española*. Gustavo Gili, Barcelona.
 DELGADO, B. (1979): *La Escuela Moderna de Ferrer*. CEAC, Barcelona.
 FERRER I GUARDIA, F. (1978): *La Escuela Moderna*. Tusquets, Barcelona.
 GRAVE, J. (1980): *Las aventuras de Nono*. José J. de Oñaleta ed., Barcelona.
 HARRIS, M. (1990): *Caníbales y reyes. Los orígenes de la cultura*. Alianza, Madrid.
 MAYOL, A. (1978): *Boletín de Escuela Moderna*. Tusquets, Barcelona.
 MONES, SOLA Y LAZARO (1977): *Ferrer y la pedagogía libertaria*. Icara, Barcelona.
 PUELLES BENITEZ, M. (1986): *Educación e ideología en la España Contemporánea*. Labor, Barcelona.
 ROBIN, P. (1981): *Manifiesto a los partidarios de la educación integral*. José J. de Oñaleta ed., Barcelona.
 SOLA, P. (1978): *Las escuelas racionalistas en Cataluña (1909-1939)*. Tusquets, Barcelona.